



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

OBISPO

HOMILIA EN LA EUCARISTIA DE LA HERMANDAD DE EMAUS CON EL OBISPO

Parroquia San José, Bachaquero, 20/04/2024.

Muy apreciados hermanos y hermanas de Emaús.

Como todos los años, más que reunidos estamos unidos, para renovar, una vez más, la experiencia que tuvimos hace mucho o poco tiempo con Jesús, el hijo de Dios, nuestro salvador y compañero de camino. Ojalá, que esta celebración litúrgica, la más importante de la Iglesia, nos haga repetir las palabras de esos discípulos: *“¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?”*, para salir de aquí resucitados y resucitadores.

Agradezco, de corazón, el arduo trabajo que vienen haciendo en las distintas parroquias, a fin de que el mayor número de personas tengan esta experiencia de conversión. Ustedes, como la parábola del evangelio, encontraron el “tesoro”, Jesús, no pueden ocultar su alegría y sienten, espontáneamente, la necesidad de comunicar a otros lo que han vivido. Así mismo, le pasó al Evangelista San Juan: *“Lo que hemos visto y oído se lo anunciamos...”* (Jn. 1, 3 al 5).

En cada uno de nosotros (me incluyo, porque también hice esta experiencia), se pueden repetir los momentos que vivieron estos discípulos, no solo antes de haber hecho el Retiro de Emaús, sino también ahora: “seguir a Cristo con gran ilusión; después vienen momentos de sufrimientos, tentaciones o tibieza espiritual, que matan nuestra esperanza dejando un vacío en nuestro corazón; y posteriormente, a través de la lectura de la Palabra, la recepción de la comunión, el compartir con los hermanos de la fe, renace la alegría y el compromiso de seguir adelante”.

Permítanme, a partir del evangelio de la experiencia de los discípulos de Emaús, sacar unas lecciones de vida que nos pueden ayudar a ser mejores discípulos misioneros de Jesús.

En primer lugar, **nos parecemos e identificamos con estos dos discípulos**. Los discípulos conocían a Cristo, habían escuchado sus enseñanzas, quizás fueron testigos de sus milagros y su amor a los pobres y los pecadores. Pero la experiencia de crucifixión de su “líder”, de su maestro, fue tan traumática que se olvidaron de todo eso. Jesús había sido asesinado, estaba muerto, bien muerto, que sólo queda un recuerdo de él para lamentarse. Creen que Jesús los había decepcionado. Dicen: nosotros esperábamos...en pasado imperfecto, algo que quedó atrás. Y deciden dar marcha atrás: volver a su vida cómoda. Regresan a su tierra, pero regresan vacíos, con desánimo. Descontentos; en el fondo, saben que les falta algo, o mejor, les falta Alguien por quien vivir.

En segundo lugar, **Jesús sale a su encuentro...** Jesús conoce muy bien el corazón humano, conocía bien que, en los momentos de tristezas, soledad y dolor, el cansancio y la desesperanza nos pueden asaltar. Y Jesús quiere decirnos que, en todo

momento, pero especialmente en los más difíciles, él nos acompaña, fortalece y sostiene. El mismo lo prometió: “*no tengan miedo: yo estaré con ustedes todos los días...*”.

Jesús ya había predicho antes de su muerte: “*herirán al pastor y se dispersarán las ovejas...*” y después de su resurrección, en esos 40 días antes de su ascensión a los cielos, quiso reencontrarse con sus apóstoles y discípulos: Tomás, Pedro y el resto de los apóstoles, para consolarlos y animarlos.

Se presenta de manera sencilla. Tiene una paciencia infinita, se pone a escuchar las preocupaciones y decepciones de los discípulos, no los regaña ni los interrumpe, deja que descarguen su corazón. Y sólo después, una vez que ha ganado su confianza, actúa. Jesús, podemos decir, es un excelente terapeuta. Les recuerda todo lo que él había anunciado...que no se queden en la parte negativa (el sufrimiento y la crucifixión), pues había dicho que resucitaría. Es una experiencia muy humana: recordar fácilmente los episodios de dolor y traumas de nuestras vidas; y olvidarnos los momentos de alegría.

Queridos hermanos, hay **dos prácticas** en nuestra vida cristiana que permiten que Jesús nos escuche, y que nosotros hablemos con él: **la oración y el sacramento de la confesión**. Bellamente decía Santa Teresita del Niño Jesús: “*la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y amor, tanto desde la prueba como desde dentro de la alegría*”. Y San Josemaría: “*Me has escrito: “orar es hablar con Dios. Pero, ¿de qué? -¿De qué? De Él, de ti: alegrías, tristezas, éxitos y fracasos, ambiciones nobles, preocupaciones diarias..., iflaquezas!: y hacimientos de gracias y peticiones: y Amor y desagravio. En dos palabras: conocerle y conocerse; tratarse!* (Camino, 91), y el Catecismo de la Iglesia Católica, nos aconseja acudir al sacramento de la confesión o reconciliación, “*pues la confesión de los pecados, incluso desde el punto de vista simplemente humano, nos libera y facilita nuestro encuentro con los demás*” (1455).

En tercer lugar, **el Señor respeta nuestra libertad**, no se impone, sino solo propone. El hace como si se va, y los discípulos le ruegan: “*quédate con nosotros, Señor*”. El gran santo y doctor de la Iglesia, San Agustín, tiene dos pensamientos que nos ayudarán en este momento del encuentro de Jesús con los discípulos de Jesús: “*nos has creado para ti, Señor, y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti*”. Y “*Dios que te creo sin tu consentimiento, no te salvará sin él*”. De desconocido, Jesús pasa a ser un invitado a quien invitan a presidir una cena. Así actúa Jesús hoy. Él sabe que sólo seremos plenamente felices, si estamos con él, sabe que él es la luz que ilumina las tinieblas de nuestros corazones, nuestra roca y salvación...pero poco a poco, nos va iluminando y toca nuestro corazón, para que le digamos: “*quédate con nosotros Señor*”. En toda conversión, actúa previamente la gracia de Dios.

¿Por qué estamos aquí celebrando esta misa? Porque Jesús nos invitó y puso en nosotros ese anhelo, y respondimos positivamente ¿Por qué hice el Retiro de Emaús? Porque Jesús, me invitó a través de un amigo o familiar y yo respondí positivamente.

¿Por qué soy feliz y tengo una gran paz en mi corazón? Porque el Señor ha derramado abundantes gracias en mi vida y yo, con un corazón, agradecido y dócil, las he recibido; no he echado en saco roto la gracia de Dios. ¡Todo es gracia!

Queridos hermanos, este texto del evangelio, nos invita a hacer reconocible a Jesús resucitado, a través de nuestras vidas, nuestras palabras y testimonio de cotidiano. Dice San Pablo: “*Ustedes son testigos de todo esto*”. Y podemos hacernos estas preguntas:

- **¿Testigos de qué?** De la vida resucitada, en la que se hace resplandecer las virtudes y la acción del Espíritu Santo. Sigamos el ejemplo de San Pablo: “*el fruto del Espíritu es caridad, alegría, paz, comprensión de los demás, generosidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí mismo...Los que pertenecen a Cristo Jesús han crucificado la carne con sus impulsos y deseos. Si ahora vivimos según el espíritu, dejémonos guiar por el Espíritu; depongamos toda vanagloria, dejemos de querer ser más que los demás y de ser celosos*”. (Gal. 5, 22 al 26).
- **¿Testigos de quién?** Sólo de Jesucristo, camino, verdad y luz.
- **¿Testigos para quién?** Para los hermanos perdidos en el camino de la vida; para aquellos que nunca han recibido el anuncio del evangelio; para aquellos, que se han desviado por el mal ejemplo de los cristianos.

Queridos hermanos caminantes: los discípulos de Emaús no se aislaron, no formaron ellos sólo un grupo, sino que “*...levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén...y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos...*”.

Les pido encarecidamente:

- que ustedes se incorporen a un grupo parroquial o apoyen las diferentes pastorales...y no sean un grupo cerrado de simplemente amigos;
- que ustedes no se queden en el recuerdo bonito de esa experiencia, sino que salgan de ustedes mismos y presten a Jesús sus bocas, pies y manos, para que él siga haciendo su obra en la iglesia...Todavía, hay mucha gente a la cual no se le ha anunciado Jesús;
- que ustedes sigan ese consejo que dio un gran santo: “ocultarse y desaparecer, que Jesús sólo se luzca”. No le roben la gloria a Dios;
- sean fieles a la espiritualidad de los retiros de Emaús y respeten las otras espiritualidades de la iglesia, que también son don e inspiración del Espíritu Santo. No cometan ustedes, fieles y laicos, el gravísimo error de obligar que otros hagan Emaús. Como hemos visto, a imitación de Jesús debemos invitar, proponer, estimular...pero nunca, bajo ninguna circunstancia, obligar;
- no se olviden que el retiro es un medio, un instrumento, pero nunca un fin...el fin es Jesús, nuestro salvador, delante de quien toda rodilla se dobla...no se erijan ídolos, pues traicionarán el espíritu de Emaús.

Voy a terminar con una simpática anécdota:

Se cuenta que una vez un catequista preguntó un día a un grupo de Jóvenes, que se preparaban para la confirmación: ¿cuál es la parte más importante de la misa?

Uno contestó: la parte más importante es el rito de despedida.

El catequista sorprendido le preguntó: ¿por qué dices eso? Y éste le respondió: la misa sirve para alimentarnos con la palabra, el cuerpo y la sangre del Señor. La Misa comienza cuando termina. Salimos a la calle para hacer y decir lo que dijeron los discípulos de EMAUS.

¡Esta es una gran verdad! Que actuemos siempre como testigos creíbles de Cristo resucitado, para que la gente, al vernos, glorifiquen al Padre que está en los cielos. Gracias por su alegría, fraternidad y espíritu de servicio. Sigamos adelante, muy unidos a la iglesia y cooperando activamente en las parroquias. Así sea.

+ *Ángel Caraballo*
Mons. Ángel Caraballo
Obispo de Caimas



Prot. 2024/096